FACULTAT DE TRADUCCIÓ I D'INTERPRETACIÓ

GRAU EN ESTUDIS D'ÀSIA ORIENTAL

TREBALL DE FI DE GRAU
Curs 2025-2026

La formación de la alianza comunista y su ruptura
Las relaciones de la Unión Soviética y República Popular de China (1950-1961)

Alex Marín Liébana
1670854

TUTOR/A
Chiao-In Chen

Barcelona, 1, junio 2026

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

Datos del TFG [Español]

Título: La formación de la alianza comunista y su ruptura. Las relaciones de la Unión Soviética y República Popular de China (1950-1961)
Autor: Alex Marín Liébana
Tutor: Chiao-In Chen
Centro: Facultad de Traducción e Interpretación
Estudios: Grado de Estudios de Asia Oriental
Curso académico: 2025-2026

Palabras clave

Guerra Fría, relaciones sino-soviéticas, ruptura sino-soviética, Guerra de Corea, comunismo internacional, maoísmo, Unión Soviética, República Popular China

Resumen del TFG

El presente trabajo analizará la evolución de la relación entre la Unión Soviética y la República Popular de China desde su inicio en 1950 hasta su ruptura en 1961. En primer lugar, se estudiará el impacto de la Guerra de Corea sobre esta alianza comunista, ya que fue la primera colaboración entre ambos regímenes en el contexto de la Guerra Fría. En segundo lugar, se analizarán los postulados soviéticos de los dirigentes de la URSS como Stalin y Khrushchev en relación con el maoísmo desarrollado en la República Popular de China. Finalmente, se analizará el significado de la ruptura sino-soviética en el contexto de la Guerra Fría y su impacto en el movimiento comunistas mundial.

TFG Data [English]

Title: The Formation of the Communist Alliance and Its Disruption: Relations between the Soviet Union and the People's Republic of China (1950-1961)
Author: Alex Marín Liébana
Tutor: Chiao-In Chen
Centre: Faculty of Translation and Interpreting
Studies: Bachelor's Degree in East Asian Studies
Academic course: 2025-2026

Keywords

Cold War, Sino-Soviet relations, Sino-Soviet split, Korean War, international communism, Maoism, Soviet Union, People’s Republic of China

TFG Abstract

This TFG will analyze the evolution of the relationship between the Soviet Union and the People’s Republic of China from its union in 1950 until they split in 1961. First, it will examine the impact of the Korean War on this communist alliance, as it was the first collaboration between the two regimes in the context of the Cold War. Second, it will analyze those Soviet leaders’ political stand such as Stalin and Khrushchev in relation to the Maoism developed in the People's Republic of China. Finally, it will analyze the significance of the Sino-Soviet split in the context of the Cold War and its impact on the global communist movement.

Aclaraciones lingüísticas

A lo largo de este trabajo se incorporan numerosos términos pertenecientes a distintas lenguas, entre las que se incluyen el chino, el japonés, el inglés y el ruso. Dada la diversidad lingüística presente, ha sido necesario establecer criterios claros y uniformes para la transcripción y representación de dichos términos, con el objetivo de garantizar la precisión terminológica y la coherencia interna del estudio.

Para el chino mandarín se ha adoptado el sistema de romanización Hanyu Pinyin, reconocido oficialmente y ampliamente utilizado en el ámbito académico. En cuanto al japonés, se emplea el sistema Hepburn, seleccionado por su transparencia fonética y por facilitar la lectura a quienes no son hablantes nativos. Los términos en lengua inglesa se presentan conforme a su ortografía estándar, respetando las convenciones normativas propias de este idioma. En el caso del ruso, se recurre a un sistema de transliteración normalizado basado en estándares internacionales, lo que permite una representación fiel y sistemática del alfabeto cirílico en caracteres latinos.

Cuando se considere oportuno, los términos extranjeros irán acompañados de aclaraciones semánticas o explicaciones contextuales, especialmente en aquellos casos en los que no exista una traducción directa al español. De este modo, se pretende equilibrar el rigor lingüístico y cultural con la claridad expositiva, facilitando la comprensión del lector y asegurando la consistencia terminológica a lo largo de todo el trabajo.

Abreviaciones

URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
RPC	República Popular China
KMT	Kuomintang
EEUU	Estados Unidos de América
PCCh	Partido Comunista de China
EVPC	Ejército de Voluntarios del Pueblo Chino
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética

Índice

Aclaraciones lingüísticas **4**
Abreviaciones **5**
Introducción **7**
Capítulo 1: Contextualización e inicio de la alianza (1949-1950) **8**
1.1. El triunfo de la Revolución China y la percepción de Stalin 8
1.2. El Tratado de Alianza de 1950: condiciones, asimetrías y recelos iniciales 9
Capítulo 2: La Guerra de Corea (1950-1953): Cohesión militar y desgaste político **12**
2.1. La intervención militar china y la dependencia del suministro soviético 12
2.2. La muerte de Stalin y el giro de la URSS hacia el Armisticio de Panmunjom 17
Capítulo 3: La posición de la URSS frente al maoísmo **20**
3.1. La posición de Stalin 25
3.2. La posición de Khrushchev 29
Capítulo 4: El significado de la ruptura sino-soviètica **34**
Conclusiones **39**
Bibliografía **40**

Introducción

El estudio de las relaciones entre la Unión Soviética y la República Popular China es fundamental para comprender la Guerra Fría en Asia Oriental y desmitificar la idea de un bloque comunista monolítico. El motivo de esta investigación surge de la necesidad de analizar cómo esta alianza, presentada ante el mundo como un modelo de solidaridad inquebrantable, albergaba desde sus inicios las tensiones estructurales que provocarían su ruptura definitiva en 1961.

La hipótesis principal de este trabajo sostiene que la alianza sino-soviética no fracasó por un simple desacuerdo doctrinal tardío, sino porque se construyó sobre una base de profunda desigualdad y desconfianza. Para Moscú, China era un aliado estratégico al que debía subordinar para mantener su hegemonía; para Beijing, la URSS representaba una necesidad existencial temporal que implicaba aceptar condiciones asimétricas para asegurar la supervivencia del nuevo régimen.

En cuanto a la metodología, este estudio se basa en el análisis cualitativo de fuentes primarias, tales como tratados bilaterales y transcripciones diplomáticas desclasificadas de la época. No obstante, la investigación se fundamenta principalmente en la base teórica de estudios historiográficos consolidados, destacando los trabajos de Chen Jian, así como las aportaciones documentales de autores como Shen, Xia y Lüthi.

Para desarrollar esta investigación, el trabajo se divide en cuatro partes. En el primer capítulo se contextualiza el triunfo de la revolución y las asimetrías del Tratado de 1950. El segundo y tercer capítulo, que constituyen los ejes centrales de este estudio, analizan respectivamente el desgaste político provocado por la Guerra de Corea y la posición de la URSS frente al desarrollo del maoísmo. Finalmente, el cuarto capítulo evalúa el significado histórico y geopolítico de la ruptura en el escenario global.

Capítulo 1: Contextualización e inicio de la alianza (1949-1950)

1.1. El triunfo de la Revolución China y la percepción de Stalin

La proclamación de la RPC el 1 de octubre de 1949 marcó un punto de inflexión irreversible en la geopolítica de la Guerra Fría, desplazando el centro de gravedad del conflicto ideológico desde Europa hacia Asia Oriental. Sin embargo, la narrativa convencional, representada por autores como Friedrich y Brzezinski (1956), que durante décadas describió este evento como la consolidación natural de un bloque comunista monolítico ha sido desmontada por la evidencia documental disponible tras la apertura de los archivos soviéticos. La alianza sino-soviética que comenzó a gestarse a finales de 1949 no fue el resultado inevitable de una afinidad marxista compartida, sino una construcción diplomática tortuosa, edificada sobre un sustrato de desconfianza histórica, cálculos de *realpolitik* estalinista y la necesidad desesperada de legitimidad por parte de Mao Zedong.

Para Iósif Stalin, el triunfo del PCCh representaba una paradoja estratégica compleja. Por un lado, podía extender la influencia soviética a una escala continental; por otro, podía introducir un rival potencial cuya magnitud geopolítica y demográfica podía amenazar la primacía absoluta de Moscú en el movimiento comunista internacional.

A finales de 1949, la política soviética hacia China estaba profundamente condicionada por la inercia de los acuerdos de la Segunda Guerra Mundial. Stalin había mantenido relaciones diplomáticas con el gobierno nacionalista del KMT liderado por Chiang Kai-shek hasta el último momento posible, basándose en el Tratado de Amistad y Alianza de agosto de 1945. Según argumenta Wallace, este tratado no era un instrumento de solidaridad revolucionaria, sino una extensión de la política exterior zarista tradicional, diseñada para asegurar zonas de amortiguamiento y recuperar los privilegios perdidos por Rusia en la guerra contra Japón de 1904-1905 (Wallace, 1983, p. 458). A través de este acuerdo, la URSS controlaba el Ferrocarril Changchun en Manchuria y poseía derechos de arrendamiento sobre la base naval de Port Arthur (Lüshun) y el puerto comercial de Dalian, garantizando así el acceso de la flota soviética a aguas cálidas en el Pacífico.

La desconfianza ideológica de Stalin hacia Mao Zedong exacerbaba estas tensiones territoriales. Los diplomáticos soviéticos habían informado a Washington durante la guerra que el PCCh estaba compuesto por "falsos comunistas", más cercanos a un nacionalismo agrario radical que al marxismo-leninismo ortodoxo (Pantsov & Levine, 2013, pp. 345, 354-355). Además, pesaba sobre el Kremlin el "trauma yugoslavo" de 1948; Stalin temía que Mao, habiendo llegado al poder a través de una revolución autóctona y no mediante la imposición del Ejército Rojo, pudiera convertirse en un "segundo Tito", desafiando la hegemonía de Moscú en el bloque socialista (Pantsov & Levine, 2013, p. 354).

Desde la perspectiva de Mao Zedong, la alianza con la URSS no era una opción ideológica abstracta, sino una necesidad existencial imperiosa. En su ensayo programático de junio de 1949, *Sobre la dictadura democrática popular*, Mao declaró la política de "inclinarse hacia un lado" (*yibian dao*), alineando inequívocamente a la nueva China con el bloque socialista y rechazando cualquier "tercera vía" entre el comunismo y el capitalismo (Chen, 2011, p. 5), esta decisión trascendía la ideología y respondía a un entorno de seguridad extremadamente hostil. China emergía devastada tras décadas de guerra civil e invasión japonesa, enfrentaba un bloqueo económico occidental y la amenaza latente de una intervención estadounidense para apoyar al KMT refugiado en Taiwán. Mao necesitaba desesperadamente la asistencia económica soviética para la reconstrucción, pero, más importante aún, necesitaba el paraguas de seguridad nuclear de la URSS para disuadir un ataque estadounidense. Sin embargo, la relación nacía viciada por agravios históricos. Según Pantsov y Levine, tras la Segunda Guerra Mundial, Stalin 'comenzó a expresar dudas sobre la capacidad del PCCh para tomar el poder' y aconsejó a Mao llegar a un acuerdo temporal con Chiang Kai-shek, insistiendo en que viajara a Chongqing para negociar. Mao se sintió 'consternado por la traición de Stalin', a quien más tarde se referiría con resentimiento como 'este hipócrita diablo extranjero' (Pantsov & Levine, 2012, pp. 346-347).

1.2. El Tratado de Alianza de 1950: condiciones, asimetrías y recelos iniciales

El encuentro que debía sellar esta alianza se produjo con la visita de Mao a Moscú el 16 de diciembre de 1949, su primer viaje al extranjero. Lejos de ser un encuentro fraternal entre líderes revolucionarios, las semanas que Mao pasó en la capital soviética estuvieron cargadas de tensión psicológica y regateo político, descritas por Mei como el inicio de una relación "reactiva" donde China buscaba afirmar su estatus frente a una URSS dominante (Mei, 1985, p. 71). Según Pantsov y Levine, Stalin orquestó deliberadamente una recepción fría para 'humillar a Mao, darle una lección para el futuro y bajarle los humos'. Mao fue alojado en una dacha suburbana aislada donde 'languideció' sin ver a Stalin durante días. Frustrado por la inacción y la falta de acceso al líder soviético, Mao estalló en ira ante sus enlaces, preguntando: '¿Por qué he venido aquí, para pasar días enteros solo comiendo, durmiendo y cagando?' (Pantsov & Levine, 2012, pp. 369-371).



Ilustración 1. Stalin y Mao en la reunión que celebraba el setenta cumpleaños de Stalin, Moscú, 21 de diciembre de 1949. Fuente: Helsingin Sanomat

El punto importante de la negociación era el estatus del Tratado de 1945. Mao llegó a Moscú con el objetivo explícito de derogar ese tratado "desigual" y firmar uno nuevo que reconociera la soberanía plena de la RPC. Stalin, sin embargo, se mostró reacio a alterar el *statu quo*. En la primera conversación sustancial entre ambos líderes, el 16 de diciembre de 1949, Stalin argumentó que el tratado existente era parte integral de los Acuerdos de Yalta, pactados con Estados Unidos y Gran Bretaña. Según las transcripciones desclasificadas, Stalin advirtió a Mao:

> "Ese tratado [de 1945] fue concluido con el consentimiento de América e Inglaterra... Hemos decidido no modificar ninguno de los puntos de este tratado por ahora, porque una modificación de incluso un punto podría dar a América e Inglaterra la base legal para plantear cuestiones sobre la modificación de las disposiciones del tratado relativas a las Islas Kuriles y Sajalín del Sur" (Chen et al., 1995, p. 24).

Stalin priorizaba la seguridad territorial de la URSS en el Pacífico y el mantenimiento del sistema de Yalta por encima de las aspiraciones de soberanía china. Fue necesaria la presión de la prensa occidental, que comenzó a especular sobre una ruptura o incluso un arresto domiciliario de Mao, para que Stalin cediera. El 2 de enero de 1950, temiendo un desastre propagandístico similar al de Yugoslavia, Stalin acordó finalmente negociar un nuevo tratado.

La llegada del primer ministro Zhou Enlai a Moscú en enero transformó la visita de un estancamiento personal en una negociación diplomática técnica, pero feroz. El resultado fue la firma, el 14 de febrero de 1950, del Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua. Este documento sentó las bases jurídicas de la relación para la siguiente década. Su cláusula más importante para Beijing era el Artículo 1, que estipulaba que si una de las partes era atacada por Japón o "cualquier estado aliado con él" (una referencia transparente a Estados Unidos), la otra parte prestaría asistencia militar inmediata.

Sin embargo, el precio económico y político fue elevado. En el ámbito económico, la URSS concedió un crédito de 300 millones de dólares a China, una cifra que Mao consideró irrisoria para las necesidades de un país continental devastado. Wallace destaca que este crédito no fue una donación fraterna, sino un préstamo comercial con un interés del 1% (Chen et al., 1995, p. 9), que China debería devolver mediante la exportación de materias primas estratégicas como wolframio, estaño y antimonio. Esta dinámica reforzó la percepción china del carácter "mercantilista" de la ayuda soviética; Stalin actuaba más como un banquero exigente que como un benefactor revolucionario. El aspecto territorial fue igualmente controvertido. Stalin accedió a devolver el Ferrocarril Changchun y las bases de Port Arthur y Dalian, pero impuso un calendario dilatorio: la transferencia no se completaría hasta 1952 o tras la firma de un tratado de paz con Japón (Shen y Xia, 2015, p. 50). Además, Stalin forzó a Mao a reconocer formalmente la independencia de la República Popular de Mongolia (Mongolia Exterior), cercenando definitivamente cualquier aspiración china de recuperar ese vasto territorio estratégico, que permanecía como un estado satélite de la URSS (Shen y Xia, 2015, p. 57).

Lo que la propaganda oficial ocultó, y que constituye el aspecto más revelador de la desigualdad de la alianza, fueron los Protocolos Adicionales secretos y los acuerdos sobre empresas mixtas. La existencia de un "Acuerdo Adicional" secreto que prohibía al gobierno chino permitir que ciudadanos de terceros países (excluyendo a los soviéticos) residieran o realizaran actividades comerciales e industriales en las provincias de Manchuria y Xinjiang (Chen et al., 1995, p. 26). En la práctica, esto convertía a las regiones industriales y mineras más importantes del norte y oeste de China en una esfera de influencia de seguridad soviética exclusiva. Mao tuvo que aceptar una limitación severa de la soberanía china en su propio territorio para satisfacer la paranoia de seguridad de Stalin. Paralelamente, se establecieron cuatro Sociedades Anónimas Mixtas (Sino-Soviet Joint Stock Companies) para la extracción de petróleo y metales no ferrosos en Xinjiang, así como para la construcción naval y la aviación civil (Pantsov & Pivovarov, 2024, p. 14; Mansourov, 1995, p. 166).

En conclusión, la alianza formalizada a principios de 1950 no fue una tranquila, sino un pacto de conveniencia profundamente asimétrico. Stalin logró preservar los intereses geopolíticos rusos en Asia Oriental y asegurar su frontera oriental. Mao logró la supervivencia inmediata de su régimen y la disuasión frente a Estados Unidos, pero a costa de concesiones que herían el nacionalismo chino. Stalin "no vio en Mao a un verdadero aliado, sino a un vasallo difícil", sembrando desde el inicio las semillas de desconfianza que germinarían violentamente una década después.

Capítulo 2: La Guerra de Corea (1950-1953): Cohesión militar y desgaste político

2.1. La intervención militar china y la dependencia del suministro soviético

Apenas cuatro meses después de la firma del tratado en Moscú en febrero de 1950, la alianza sino-soviética enfrentó una prueba que no solo militarizó la Guerra Fría en Asia, sino que definió de manera inalterable la naturaleza operativa y las jerarquías de poder dentro del eje Moscú-Beijing. Durante décadas, la narrativa occidental predominante asumió que la invasión del sur fue una orden directa de Moscú; sin embargo, los documentos de los archivos soviéticos analizados por historiadores como Kathryn Weathersby demuestran que la dinámica fue inversa y que fue la insistencia de Pyongyang, Kim Il Sung, el líder norcoreano, quien presionó incansablemente a Stalin durante todo el año 1949 para obtener la autorización necesaria para una "reunificación por la fuerza", argumentando que el sur estaba maduro para la revolución y que la victoria sería rápida (Weathersby, 1994, p. 21).

La resistencia inicial de Stalin a estas súplicas fue notable. La correspondencia diplomática de 1949 revela a un líder soviético cauteloso, preocupado por la falta de preparación del Ejército Popular de Corea y, fundamentalmente, por el riesgo de provocar una intervención militar directa de Estados Unidos que la Unión Soviética no estaba dispuesta a enfrentar en ese momento. Stalin rechazó repetidamente las propuestas de invasión, advirtiendo a Kim que no podía contar con el apoyo directo de tropas soviéticas si la aventura salía mal (Weathersby, 1994, p. 21). Sin embargo, el cálculo estratégico de Stalin experimentó un cambio radical hacia abril de 1950, impulsado por una confluencia de factores que alteraron el equilibrio de poder percibido en Asia Oriental. Chen Jian identifica elementos cruciales en este cambio de postura: la exitosa detonación de la primera bomba atómica soviética en agosto de 1949, que rompió el monopolio nuclear estadounidense, y la victoria del Partido Comunista Chino, que liberó recursos soviéticos en el Lejano Oriente y proporcionó una inmensa profundidad estratégica al bloque socialista. Además, el discurso del Secretario de Estado estadounidense Dean Acheson en enero de 1950, que excluyó a Corea del Sur del "perímetro defensivo" de EEUU fue interpretado erróneamente por Stalin como una señal tácita de que Washington no intervendría militarmente en la península (Cha & Pacheco Pardo, 2023, p. 47).

Bajo estas nuevas premisas, Stalin otorgó finalmente su aprobación a Kim Il Sung, pero impuso una condición crítica que revelaba su extrema cautela y su intención de manipular a su aliado chino para proteger los intereses soviéticos. Según los documentos de los archivos rusos analizados por Alexandre Mansourov, Stalin dejó claro que la operación sólo podía proceder si Mao Zedong daba su consentimiento personal y explícito. Esta maniobra puso a Mao en una posición difícil. Cuando Kim Il Sung viajó a Beijing en mayo de 1950 para comunicar la "luz verde" de Stalin, Mao se mostró escéptico y preocupado. Su prioridad absoluta en ese momento era la preparación para la invasión de Taiwán, programada para

1951, y la reconstrucción económica interna tras décadas de guerra civil. Una guerra en Corea amenazaba con descarrilar ambos objetivos vitales. Sin embargo, Chen Jian argumenta que Mao se vio atrapado por su propia retórica revolucionaria y por la imperiosa necesidad de demostrar su lealtad internacionalista a Stalin tras la reciente firma del tratado. Mao dio su aprobación, aunque con reservas, creyendo en las garantías excesivamente optimistas de Kim de que la guerra sería una victoria relámpago antes de que Estados Unidos pudiera reaccionar (Chen, 1995, p. 88).

La invasión del 25 de junio de 1950 colapsó rápidamente las esperanzas de una victoria fácil. La intervención decisiva de Estados Unidos bajo la bandera de la ONU, y especialmente el desembarco en Incheon en septiembre, revirtieron dramáticamente el curso de la guerra, destruyendo al ejército norcoreano y abriendo el camino hacia el río Yalu, la frontera natural con China. Mansourov documentó las intensas reuniones del Politburó chino durante la primera semana de octubre, donde se evidenció una profunda fractura en la cúpula del poder (Mansourov, 1995, p. 94). La mayoría de los líderes, incluyendo a figuras militares clave como Lin Biao y altos cargos administrativos como Gao Gang, se opusieron a la intervención. Sus argumentos eran pragmáticos y contundentes: China, agotada y con un equipamiento obsoleto, no podía enfrentarse a la superpotencia tecnológica mundial y arriesgarse a una devastación nuclear o a la destrucción de su base industrial. Mao, sin embargo, prevaleció. Su argumento final fue geopolítico y se centró en la supervivencia a largo plazo del régimen: permitir que Estados Unidos ocupara toda Corea y se posicionara militarmente en la frontera del Yalu significaría tener una daga permanente apuntando al corazón industrial de China en Manchuria. La península coreana corría el riesgo de convertirse en la vía de tránsito directa para que las tropas estadounidenses alcanzaran territorio chino, replicando así la misma vulnerabilidad estratégica que el país ya había sufrido a principios de la década de 1930 con la invasión imperial japonesa, un error histórico que Beijing no podía permitirse repetir (Cha & Pacheco Pardo, 2023, p. 69).



Ilustración 2. Mapa que muestra los avances de Corea del Norte en la guerra de Corea en junio/agosto de 1950. Fuente: https://cdn.britannica.com/20/73420-050-3472C505/Korean-War-map-August-1950.jpg

Sin embargo, la intervención china dependía de una promesa operativa fundamental: la cobertura aérea soviética. Mao había acordado enviar tropas terrestres bajo la condición explícita de que la Fuerza Aérea Soviética protegería sus líneas de suministro y las ciudades chinas de los bombardeos estadounidenses. Fue en este punto donde se produjo lo que la historiografía china y los análisis posteriores han identificado como una traición histórica por parte de Stalin, pese a que Alexandre Mansourov sostiene, basándose en archivos soviéticos, que Stalin nunca se retractó realmente, sino que siempre mantuvo que la cobertura aérea tardaría en llegar y se limitaría a la retaguardia (Mansourov, 1995, p. 105). El 10 y 11 de octubre de 1950, durante reuniones de emergencia en el Mar Negro con Zhou Enlai, Stalin informó fríamente que la fuerza aérea soviética no estaba lista y que necesitaría al menos dos meses más para prepararse. Más grave aún, Stalin estipuló que, incluso cuando estuvieran operativos, los aviones soviéticos no volarían sobre el frente de batalla ni protegerían a la infantería china, sino que se limitarían a defender la retaguardia en Manchuria para evitar un enfrentamiento directo con pilotos estadounidenses que pudiera desencadenar una guerra mundial (Mansourov, 1995, p. 104). La cautela de Stalin llegó al punto de sugerir Zhou Enlai que, si la situación era tan grave para los camaradas chinos, tal vez deberían aceptar la caída

de Corea del Norte y permitir que Kim Il Sung formara un gobierno en el exilio en territorio chino (Mansourov, 1995, p. 103).

Esta revelación no gustó en Beijing y paralizó temporalmente la movilización militar. Mao, tras recibir el informe de Zhou Enlai, ordenó detener el avance de las tropas hacia la frontera el 12 de octubre (Mansourov, 1995, p. 103). Sin embargo, al día siguiente, Mao decidió intervenir de todos modos, asumiendo un riesgo existencial para el estado chino. El 19 de octubre, el Ejército de Voluntarios del Pueblo Chino (EVPC) cruzó el Yalu en secreto, enfrentándose a las fuerzas de la ONU sin la cobertura aérea prometida, un sacrificio que cimentó la autoridad moral de China dentro del bloque comunista pero erosionó irreversiblemente la confianza en la fiabilidad de la URSS como aliado defensivo.

El EVPC no fue un mero contingente auxiliar en Corea, sino el instrumento político-militar con el que la República Popular China convirtió una crisis fronteriza en una intervención que alteró la cohesión de la alianza comunista. El recurso a la categoría de "voluntarios" permitió sostener una narrativa defensiva útil para justificar la confrontación contra Estados Unidos ante audiencias internas y externas, evitando la formulación diplomática de una guerra abierta entre naciones (López Aymes, 2024, p. 23). La llegada de estas tropas alteró drásticamente el equilibrio sobre el terreno al frustrar las esperanzas de una resolución rápida por parte de las fuerzas de la ONU, empujando el conflicto hacia una prolongada fase de desgaste que elevó el riesgo de escalada y condicionó repetidamente los cálculos estadounidenses sobre el posible uso de armas atómicas (Lee, 2024, pp. 48-49). De este modo, la sola presencia del contingente chino reordenó los límites tolerables del enfrentamiento y transformó cualquier discusión sobre seguridad en una disputa de carácter sino-estadounidense (López Aymes, 2024, p. 23).

El coste humano de esta intervención fue devastador para ambos lados. Las fuerzas chinas enviadas bajo el mando de Peng Dehuai alcanzaron los 300.000 efectivos a mediados de noviembre de 1950, empujando al Octavo Ejército y a la 2.ª División de Infantería a una retirada generalizada a lo largo de la costa occidental y forzando una evacuación naval en la costa oriental (Cha & Pacheco Pardo, 2023, p. 51). Al final del conflicto, las bajas militares chinas superaron el millón de efectivos, frente a los más de 640.000 norcoreanos y los 140.000 surcoreanos, cifras que no contemplan los aproximadamente tres millones de civiles coreanos muertos durante los tres años de guerra (Cha & Pacheco Pardo, 2023, p. 53).

Este nuevo escenario de desgaste se hizo crítico tras las dos primeras ofensivas exitosas a finales de 1950, momento en el que el comandante Peng Dehuai informó a Beijing de que sus tropas se encontraban extremadamente fatigadas y sin ropa de invierno adecuada para soportar el clima extremo. Las unidades requerían descanso urgente debido a un número creciente de heridos y una deficiente logística incapaz de proveer suministros básicos, lo cual comprometía la viabilidad de un avance continuo (Shen y Xia, 2015, p. 82). A pesar de estas advertencias y de la propuesta desde el frente de posponer la siguiente maniobra hasta la primavera, la cúpula política consideró que los triunfos previos debían aprovecharse sin demora para asentar su posición de fuerza (Chen, 2001, p. 97). Mao Zedong insistió en lanzar la Tercera Campaña para cruzar al sur del paralelo 38, decisión amparada desde Moscú por un

Iósif Stalin partidario de golpear mientras el hierro estuviera caliente, ignorando el agotamiento humano y material (Shen y Xia, 2015, p. 82). Esta postura reflejaba la nueva realidad táctica, ya que la guerra se había transformado en una combinación simultánea de combate y negociación en la que los movimientos militares operaban directamente como argumentos políticos en la mesa de diálogo (Romero Castilla, 2024, p. 81).

Durante la posterior fase de armisticio, el EVPC mantuvo su centralidad al verse inmerso en un proceso negociador atravesado por constantes disputas sobre la línea de demarcación, alimentando la percepción de que las conversaciones de paz eran una extensión directa de la coerción armada (Romero Castilla, 2024, p. 83). Esta situación perpetuó el punto muerto en el conflicto y sirve para comprender por qué el pacto definitivo funcionó como una medida de contención que petrificó el equilibrio de poder, dejando sin resolver la fractura política original de la península. El papel protagonista de las fuerzas enviadas por Beijing quedó inscrito formalmente en el texto del cierre de hostilidades, que fue rubricado por Corea del Norte en representación también del EVPC, dejando fuera del acuerdo a Corea del Sur. Este detalle jurídico reforzó la naturaleza triangular del cese militar y anticipó que cualquier solución a largo plazo quedaría sometida a los equilibrios de las grandes potencias más que a una genuina reconciliación intercoreana (Tzili-Apango, 2024, p. 288).

Mantener este nivel de influencia bélica exigió a China modernizar el EVPC sobre la marcha adquiriendo enormes cantidades de armamento soviético, una transacción económica que amargaría profundamente las relaciones bilaterales a largo plazo. Lejos de materializarse como ayuda fraterna, la Unión Soviética suministró el equipamiento a crédito, lo que forzó a Beijing a contraer una monumental deuda que, si bien partía de un interés inicial del 1% anual, supuso una carga asfixiante pagada con exportaciones de materias primas y alimentos durante años de escasez (Chen et al., 1995, p. 9, 16). La posguerra coreana se erigió así como un escenario donde se midieron los costos, jerarquías y sensibilidades dentro del propio campo socialista, prefigurando el posterior deterioro sino-soviético. La eventual retirada de las tropas voluntarias fue instrumentalizada como un indicador de la apuesta china por estabilizar la región para centrarse en su reconstrucción doméstica, en claro contraste con la permanencia militar estadounidense en el sur (Tzili-Apango, 2024, p. 288). En conjunto, el contingente operó de forma dual como garantía de supervivencia territorial y como mecanismo para negociar el estatus de China en la arquitectura de la incipiente alianza comunista (López Aymes, 2024, p. 23).

Las dinámicas de estas transacciones quedaron patentes en las conversaciones mantenidas entre Stalin y Zhou Enlai en agosto de 1952, transcritas y publicadas posteriormente. Cuando Zhou Enlai planteó la necesidad de nuevos créditos para cubrir el déficit comercial generado por la compra de armas, Stalin respondió con frialdad pragmática, argumentando que el cobro de intereses era natural y afirmando: "Si los camaradas chinos hubieran llegado al poder antes que nosotros, tendríamos que pedirles lo mismo" (Chen et al., 1995, p. 12). Además, Stalin minimizó las dificultades tácticas de China frente a la superioridad de fuego estadounidense con comentarios despectivos sobre el enemigo. En un intento de animar a Zhou, o quizás para justificar su propia estrategia de desgaste, Stalin caracterizó a los estadounidenses como

"mercaderes" y "especuladores" incapaces de soportar una guerra larga, afirmando que "las armas principales de América son las medias, los cigarrillos y otra mercancía... no saben pelear" (Chen et al., 1995, p. 13).

La guerra también expuso las tensiones respecto a la transferencia de tecnología y la soberanía industrial. China deseaba no solo recibir armas, sino adquirir la capacidad de producirlas. Sin embargo, los soviéticos se mostraron reticentes a transferir tecnología punta de inmediato. En las negociaciones de 1952, cuando Zhou Enlai solicitó ayuda para la construcción de fábricas de aviones y tanques, Stalin aconsejó un enfoque gradual, instando a China a comenzar con plantas de ensamblaje y reparación utilizando componentes soviéticos, en lugar de intentar la manufactura completa desde el principio (Chen et al., 1995, p. 11). Aunque técnicamente prudente, este consejo reforzó la sospecha en Beijing de que Moscú pretendía mantener a China en un estado de dependencia tecnológica permanente (Chen et al., 1995, p. 175). William Wallace señala que, en última instancia, el crédito y la ayuda soviética, aunque vitales para la supervivencia inmediata del régimen chino y su desempeño en Corea, no fueron más que una operación comercial que benefició económicamente a la URSS y reforzó su control sobre el bloque (Wallace, 1983, p. 462).

El impacto de la guerra en la psique política de Mao, es decir, en el conjunto de creencias, emociones y percepciones que moldeaban su manera de entender el poder y la lucha, fue profundo. La experiencia de haber sido empujado al conflicto por un aliado que luego retuvo el apoyo vital en el momento decisivo confirmó su visión de que China debía buscar la autosuficiencia absoluta. La alianza sino-soviética salió de la Guerra de Corea nominalmente fortalecida frente al enemigo común occidental, pero internamente fracturada. La percepción de Stalin como un líder infalible se desmoronó ante los ojos de sus contrapartes chinas, quienes vieron en su gestión del conflicto un oportunismo cínico dispuesto a sacrificar sangre china para preservar la seguridad soviética, sembrando más semillas de desconfianza que germinarían violentamente en la ruptura sino-soviética casi una década después.

2.2. La muerte de Stalin y el giro de la URSS hacia el Armisticio de Panmunjom

El armisticio que puso fin a los combates en la península coreana en julio de 1953 no fue el resultado de una victoria militar decisiva, sino el producto de un agotamiento mutuo y, fundamentalmente, de un cambio sísmico en la cúpula del poder soviético. Si bien la intervención china había logrado estabilizar el frente en el paralelo 38, la guerra se había transformado en un sangriento estancamiento que consumía los recursos de Beijing y tensaba las relaciones dentro del bloque comunista. La historiografía reciente, basada en la desclasificación de archivos soviéticos y chinos, revela que el camino hacia la paz estuvo bloqueado durante años por la obstinación de Stalin, quien veía en la prolongación del conflicto una herramienta estratégica de bajo coste para debilitar a Estados Unidos (Goncharov et al., 1993; Weathersby, 1993). Por tanto, el armisticio no debe entenderse simplemente como un acuerdo militar local, sino como una maniobra política orquestada

desde Moscú tras la muerte del dictador, un evento que cambió las prioridades de la alianza sino-soviética.

La situación en Corea cambió drásticamente con la muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953. La nueva dirección en el Kremlin, encabezada por Gueorgui Malenkov, Lavrenti Beria y Nikita Khrushchev, tenía prioridades radicalmente diferentes. Conscientes de la fragilidad económica de la URSS y de la necesidad de consolidar su poder interno, los sucesores de Stalin buscaron distender las tensiones internacionales de inmediato. Apenas dos semanas después del funeral de Estado, el Consejo de Ministros de la URSS aprobó una resolución secreta que instruía a Mao Zedong y Kim Il Sung a buscar una salida rápida al conflicto. Chen Jian señala que este giro de 180 grados en la política soviética fue recibido con alivio en Beijing. Mao, aunque había adoptado públicamente la retórica de la "guerra prolongada", era consciente de que el conflicto estaba drenando los recursos necesarios para el primer Plan Quinquenal de China (Chen, 2001, p. 184). La "iniciativa de paz" soviética permitió a China salvar la cara: podían presentar el armisticio no como una capitulación ante la presión estadounidense, sino como un gesto de buena voluntad del campo socialista en pro de la paz mundial.

El papel de la URSS en la organización del armisticio fue, por tanto, decisivo pero discreto. Moscú no se sentó en la mesa de negociaciones en Panmunjom, manteniendo la ficción legal de su no beligerancia, pero dirigió la estrategia diplomática entre bastidores. Los archivos rusos indican que el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético redactó los borradores de las propuestas que luego presentarían los delegados chinos y norcoreanos, especialmente en lo referente al espinoso asunto de la repatriación de los prisioneros de guerra. La concesión clave que desbloqueó las negociaciones fué permitir que los prisioneros que no desearan ser repatriados fueran entregados a una comisión neutral, en lugar de ser devueltos por la fuerza, fue aprobada explícitamente por el nuevo liderazgo soviético. Este cambio pragmático demostró que, sin el obstáculo personal de Stalin, la paz era alcanzable rápidamente.

El armisticio firmado el 27 de julio de 1953 tuvo profundas implicaciones para la alianza sino-soviética. En un sentido inmediato, validó el estatus de China como una gran potencia militar capaz de luchar hasta el empate contra la coalición más poderosa del mundo. Sin embargo, el final de la guerra también cristalizó las tensiones estructurales que habían surgido durante el conflicto. La paz no trajo consigo una condonación de la deuda de guerra; por el contrario, la URSS esperó que China comenzara a pagar los inmensos créditos acumulados por la compra de armamento. A pesar de ello, el apoyo material continuó fluyendo hacia la península. La Unión Soviética aportó 250 millones de dólares en ayuda a Corea del Norte pocas semanas después del cese formal de las hostilidades, al tiempo que flexibilizó las condiciones de pago de la deuda acumulada durante el conflicto (Cha & Pacheco Pardo, 2023, p. 70). China, por su parte, destinó durante la década de 1950 aproximadamente 500 millones de dólares en préstamos y donaciones a Pyongyang, llegando a representar alrededor del 45% del comercio exterior norcoreano (Cha & Pacheco Pardo, 2023, p. 69). Esta competencia por la influencia en Corea del Norte prefiguraba la dinámica de rivalidad triangular que definiría las relaciones entre Moscú, Beijing y Pyongyang durante la siguiente década. La insistencia

soviética en tratar la ayuda militar como una transacción comercial, incluso después del cese de las hostilidades, reforzó la percepción en Beijing de que la "hermandad socialista" tenía límites financieros estrictos. Aunque la URSS aumentó su ayuda económica para la reconstrucción de posguerra en Corea del Norte y China, la relación había perdido la inocencia ideológica de 1950.

Además, el proceso del armisticio reveló la creciente autonomía de China. Si bien la iniciativa de paz partió de Moscú tras la muerte de Stalin, la ejecución final y la gestión de la posguerra en la península quedaron firmemente en manos chinas. Beijing mantuvo una presencia militar masiva en Corea del Norte hasta 1958, consolidando su influencia sobre el régimen de Kim Il Sung y desplazando gradualmente la primacía soviética en la zona inmediata. Chen Jian argumenta que la Guerra de Corea y su conclusión marcaron el momento en que China dejó de ser un socio junior pasivo para convertirse en un actor con su propia agenda de seguridad, dispuesto a desafiar las directrices de Moscú si estas no coincidían con sus intereses nacionales (Chen, 2001, p. 316). La gestión soviética del armisticio, priorizando la estabilidad global y la coexistencia pacífica con Occidente sobre la revolución continua, comenzó a divergir de la visión de Mao, quien, liberado de la guerra convencional, empezaría pronto a radicalizar su política interna y externa, sembrando las semillas de las disputas ideológicas que estallarían a finales de la década.

En conclusión, el armisticio de 1953 fue una paz organizada desde Moscú, posible solo gracias a la desaparición física de Stalin. Fue un cierre pragmático a una aventura que había servido a los propósitos de seguridad soviéticos al consolidar el bloque oriental, pero que había agotado la paciencia y los recursos de sus aliados asiáticos. La URSS logró salir del conflicto sin una confrontación directa con Estados Unidos, pero el precio político fue alto: la guerra había expuesto el egoísmo estratégico del Kremlin. Para Mao Zedong, el armisticio no fue solo el fin de las hostilidades, sino la confirmación de una lección amarga aprendida en las trincheras y en los despachos de negociación: la seguridad de China no podía depender de los caprichos de un líder extranjero, ni siquiera de uno comunista. La paz de Panmunjom cerró el capítulo de la guerra caliente, pero abrió el preludio de la Guerra Fría interna entre los dos gigantes rojos, una disputa sobre el liderazgo del mundo comunista que dominaría la geopolítica de las décadas siguientes.

Capítulo 3: La posición de la URSS frente al maoísmo

Para entender la evolución de la alianza comunista y su posterior ruptura, es importante analizar la posición estructural, ideológica y geopolítica que la Unión Soviética adoptó frente al maoísmo durante la década de 1950 y principios de 1960. La relación entre el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y el PCCh no se limitó a una mera alianza de conveniencia entre estados, sino que estuvo profundamente condicionada por la percepción que Moscú tenía de la adaptación china del marxismo-leninismo (Floyd, 1964, p. 9). La victoria de la revolución en 1949 supuso un triunfo monumental para el bloque socialista, alterando el equilibrio de poder global de la Guerra Fría, pero simultáneamente introdujo un paradigma que desafiaba la hegemonía absoluta del Kremlin. La dirigencia soviética observó el surgimiento de esta nueva potencia con una mezcla de satisfacción, paternalismo ideológico y un recelo latente ante la independencia de un movimiento que había triunfado sin la imposición militar directa del Ejército Rojo, en marcado contraste con la satelización impuesta en Europa del Este (Lüthi, 2008, p. 17).

Históricamente, la perspectiva ortodoxa soviética albergaba ciertas reservas sobre la pureza teórica de la llamada "sinización del marxismo". El comunismo soviético, fundamentado en la primacía del proletariado industrial y en la vanguardia urbana, encontraba dificultades epistemológicas para legitimar plenamente un modelo revolucionario basado casi en su totalidad en la movilización del campesinado y en la guerra de guerrillas rural. La propia trayectoria del PCCh, que desde finales de la década de 1920 había desarrollado políticas independientes y en ocasiones contrarias a los dictados del Comintern y de Stalin, era percibida en Moscú como un precedente de insubordinación ideológica (Floyd, 1964, pp. 6-7). Ya durante la visita de Mikoyan a Xibaipo en enero de 1949, se evidenciaron estas tensiones al mismo tiempo que se sentaban las bases de la futura alianza antes de la victoria definitiva sobre el Guomindang (Chen, 2001, p. 44). En el ámbito ideológico, la actitud de la delegación china estuvo marcada por una profunda humildad discursiva, motivada por la necesidad de asegurar el vital apoyo militar, económico y político soviético para la construcción del nuevo Estado y su reconocimiento internacional (Li, 2006, p. 27). Para tranquilizar a la cúpula soviética y evitar parecer una amenaza doctrinal, el líder chino aseguró repetidamente a Mikoyan que se consideraba un simple discípulo de Stalin y expresó su fuerte rechazo a la idea de que su nombre fuera elevado al mismo nivel histórico que los de Marx, Engels, Lenin y el propio líder soviético. A pesar de esta notable modestia retórica, el enviado soviético no se mostró convencido de la sinceridad de estas declaraciones y percibió una ambición teórica subyacente (Li, 2006, p. 36).

El Kremlin estaba dispuesto a aceptar la validez práctica de la estrategia de Mao Zedong dentro del contexto asiático, pero se resistía a concederle al maoísmo el estatus de modelo teórico universal, temiendo que una formulación teórica independiente diluyera la autoridad doctrinal emanada exclusivamente desde Moscú (Floyd, 1964, p. 44). De hecho, existía una resistencia sistemática a otorgarle al corpus ideológico chino un estatus equiparable al

soviético, hasta el punto de que los censores de Moscú eliminaban rutinariamente el término "Pensamiento de Mao Zedong" de todos los documentos oficiales del partido chino antes de permitir su publicación en la prensa de la URSS (Li, 2006, pp. 35-36). La cúpula comunista soviética consideraba que las directrices del líder chino tenían valor únicamente para comprender la experiencia revolucionaria local, lo que generaba una profunda frustración en la parte china, que anhelaba un reconocimiento formal de sus contribuciones ideológicas pero se veía obligada a acatar las imposiciones y la censura dadas sus condiciones de dependencia (Li, 2006, p. 38).

Paralelamente a esta tensión teórica, las conversaciones de Xibaipo revelaron que los líderes del PCCh demostraban con sus posiciones una identidad doctrinal y política propia que no encajaba perfectamente en el molde soviético (Shen y Xia, 2015, p. 21). La delegación china expuso su intención de implementar una política exterior independiente basada en los principios de "empezar de cero" y "limpiar la casa antes de invitar a los huéspedes", evidenciando una visión autónoma sobre cómo gestionar su soberanía frente a las potencias occidentales y al legado del gobierno anterior (Chen, 2001, p. 68). Asimismo, en el plano interno, se plantearon planes económicos concretos, como el mantenimiento temporal de una economía mixta y la ejecución de una reforma agraria por etapas, estrategias pragmáticas que diferían ligeramente de las recomendaciones directas de Moscú orientadas a mantener el statu quo económico de forma más estricta tras la victoria militar. En esta misma línea de divergencia táctica, líderes como Liu Shaoqi confesaron a Mikoyan su intención de confiscar y nacionalizar rápidamente las empresas de la burguesía nacional; ante esto, el enviado soviético aconsejó extrema cautela y pidió posponer cualquier medida radical hasta que el nuevo régimen comunista estuviera plenamente consolidado (Li, 2006, p. 79). Todo ello evidenció el complejo equilibrio de la incipiente alianza, caracterizada por la aceptación formal china de la supremacía doctrinal soviética a cambio de apoyo, preservando al mismo tiempo un margen de maniobra considerable en la aplicación práctica de su revolución.



Ilustración 3. Mikoyan y Mao en Xiaobo, Hebei, febrero de 1949. Fuente: Colección personal de Mikoyan

Un aspecto fundamental que definió la posición de la URSS frente al maoísmo fue la férrea defensa de Moscú como el único e indiscutible centro del movimiento comunista internacional. A ojos de los teóricos y planificadores soviéticos, la estructura del campo socialista requería una disciplina jerárquica donde los intereses globales de la revolución debían subordinarse a la línea general dictada por el PCUS. El PCCh se había fundado en 1921 precisamente gracias a los agentes del Comintern enviados desde Moscú para identificar partidos capaces de provocar la revolución, lo cual establecía desde el origen una relación de dependencia ideológica y organizativa (Lüthi, 2008, p. 24). Aunque los líderes chinos llegaron a admitir en diversas conversaciones diplomáticas que la Unión Soviética constituía el centro del campo socialista y que "no podía haber otros centros", palabras pronunciadas por Liu Shaoqi directamente ante el Presídium soviético en octubre de 1956, la percepción en el Kremlin era que el maoísmo buscaba inherentemente un estatus de absoluta igualdad y de codecisión en la dirección de la política global (Lüthi, 2008, p. 64). Esta exigencia china de paridad dentro de un bloque fuertemente cohesionado generaba una contradicción constante, ya que Moscú esperaba subordinación estratégica, mientras que Beijing concebía la alianza

como una asociación consultiva en la que sus intereses nacionales e ideológicos debían tener un peso determinante (Floyd, 1964, p. 45).

La ausencia de organizaciones formales globales tras la disolución del Comintern y el Cominform complicó enormemente la capacidad de la Unión Soviética para disciplinar al maoísmo mediante cauces institucionales establecidos. El movimiento comunista internacional funcionaba a través de lazos directos entre los partidos, lo que permitía a la dirigencia china establecer contactos bilaterales y ejercer su influencia sin pasar por el filtro de Moscú (Floyd, 1964, p. 49). La ausencia de instancias internacionales de arbitraje significaba que cualquier disputa ideológica debía resolverse en la arena política directa, entre partidos que proclamaban ser iguales en teoría pero que en la práctica mantenían una jerarquía basada en el poder material de la URSS. Este vacío institucional favorecería más tarde las maniobras chinas para construir alianzas propias dentro del bloque, sembrando la alarma en Moscú ante lo que interpretaba como actividades fraccionales destinadas a fracturar la unidad del campo y erosionar el liderazgo histórico del PCUS (Lüthi, 2008, p. 65).

La postura soviética no se articulaba únicamente sobre debates doctrinales, sino que estaba profundamente entrelazada con los intereses geopolíticos del Estado ruso, los cuales chocaban inevitablemente con el fuerte componente nacionalista inherente al maoísmo. La historia de las relaciones entre Rusia y China era, desde el siglo XIX, un relato de presión continua sobre los territorios fronterizos chinos, de diplomacia duplicadora y de extracción de concesiones en Manchuria, Mongolia y Xinjiang (Floyd, 1964, p. 4). La URSS concebía su relación con China a través de un prisma de seguridad nacional, viendo en el vasto territorio chino un colchón estratégico indispensable en el Lejano Oriente frente a la influencia estadounidense. Por ello, la dirigencia soviética mostró una especial preocupación por las potenciales reclamaciones chinas sobre territorios y estructuras estratégicas como el Ferrocarril Chino de Changchun, la base naval de Port Arthur o el estatuto de Mongolia Exterior, cuya independencia respecto a China el Kremlin consideraba un logro estratégico irrenunciable (Shen y Xia, 2015, pp. 23-24). Para el Kremlin, el nacionalismo chino, aunque disfrazado de retórica antiimperialista e internacionalismo proletario, representaba un riesgo latente que podía arrastrar a la URSS a conflictos territoriales indeseados o disminuir su proyección de poder en Asia.

A medida que el bloque socialista se consolidaba, la militancia ideológica del maoísmo comenzó a ser interpretada en Moscú no solo como un problema de indisciplina partidista, sino como un peligroso pasivo geopolítico. La estrategia global soviética priorizaba la preservación de su propia esfera de influencia, la reconstrucción económica interna y la evitación de una confrontación militar directa con el bloque capitalista liderado por los Estados Unidos. Los informes analíticos soviéticos denunciaban una inquietante propensión de los líderes chinos a utilizar la tensión internacional como herramienta para la movilización de masas a nivel doméstico y la aceleración de su propia transición económica (Shen y Xia, 2015, p. 307). La retórica maoísta que tendía a minimizar las consecuencias catastróficas de un holocausto nuclear y abogaba por una lucha armada intransigente suscitó un profundo rechazo entre la élite soviética, que comenzó a diferenciar entre sus propias posturas,

consideradas pragmáticas y responsables, y el aventurerismo que atribuían a Beijing. Esta percepción quedaría definida con toda crudeza en comunicaciones internas soviéticas que cuestionaban retóricamente quién se beneficiaría de un socialismo construido sobre las ruinas radiactivas de la humanidad (Floyd, 1964, p. 435).

Para gestionar y contener el desafío que representaba el maoísmo, la Unión Soviética confió en su aplastante superioridad material e industrial, utilizando la asistencia económica y militar como el principal mecanismo de influencia institucional. Desde los primeros años de la República Popular, Stalin prometió la participación soviética en cincuenta proyectos industriales de primera envergadura, más un préstamo de 300 millones de dólares al uno por ciento de interés anual, condiciones que aunque escasas respecto a las necesidades reales de China, creaban una estructura de dependencia deliberada (Lüthi, 2008, p. 37). Hasta el momento de la retirada de los expertos en 1960, un total de 1.445 asesores políticos y 9.313 especialistas técnicos soviéticos fueron enviados a China en el marco de esta arquitectura de asistencia (Lüthi, 2008, p. 41), una cifra que ilustra el alcance de la penetración soviética en el aparato productivo y administrativo chino. La posición de la URSS consistía en integrar a la República Popular de China dentro de la arquitectura económica y defensiva socialista de forma que las capacidades estratégicas de Beijing quedaran estructuralmente ligadas al modelo y al mando soviéticos. Cuando la dirigencia china comenzó a resistirse a estos esfuerzos integradores, argumentando que ciertas iniciativas vulneraban su soberanía nacional, el Kremlin interpretó dicha resistencia como una prueba de chovinismo de gran potencia y como un alejamiento inaceptable de los principios de solidaridad socialista (Floyd, 1964, p. 104).

Íntimamente ligado a esta dinámica de dependencia material estaba el recelo soviético ante la pretensión maoísta de haber encontrado un camino propio, y superior, hacia el comunismo. La idea de que China podía no solo igualar sino superar a la URSS en el ritmo de construcción socialista, que comenzó a expresarse con creciente audacia hacia finales de la década de 1950, fue percibida en Moscú como un desafío ideológico fundamental que la dirección soviética no podía ignorar sin perder credibilidad ante el resto del bloque (Shen y Xia, 2015, p. 290). Un informe de la CIA de junio de 1960, señalaba con precisión que "la pretensión ideológica de que la China comunista estaba liderando el bloque en una marcha acelerada hacia el comunismo representaba un desafío fundamental que Moscú no podía permitirse ignorar" (Shen y Xia, 2015, p. 299). Esta competencia por la autoridad doctrinal transformó lo que en principio podría haber sido una discrepancia táctica en una rivalidad sistémica por la dirección intelectual y política del movimiento comunista internacional.

De este modo, la posición soviética frente al maoísmo se definió por una contradicción estructural insalvable: la necesidad imperiosa de proyectar al exterior un frente socialista monolítico y unificado, mientras que en la práctica debía contener a un aliado demográficamente colosal, celoso de su soberanía y que reclamaba la coautoría intelectual del futuro comunista. La percepción que se tenía en Moscú transitó desde la asunción de que el PCCh era un socio menor que había liderado una exitosa, aunque atípica, revolución agraria necesitada de tutela material y doctrinaria, hasta la alarmante certeza de que el maoísmo

constituía una amenaza sistémica a la hegemonía soviética dentro del bloque y en el movimiento comunista mundial (Floyd, 1964, p. 102). Este complejo entramado de suspicacias ideológicas, choques de interés nacional y divergencias en la concepción del riesgo estratégico configuró el marco de actuación del Kremlin durante toda la década. Sobre esta base conceptual, que desconfiaba del radicalismo campesino y de las ambiciones independentistas de Beijing, se articularían las decisiones concretas y las políticas específicas que adoptó la dirección soviética, primero durante los últimos años del gobierno de Stalin y posteriormente, con dinámicas renovadas, bajo el liderazgo de Nikita Khrushchev.

3.1. La posición de Stalin

La posición de Stalin frente al maoísmo debe entenderse como una respuesta preventiva ante la posibilidad de que la revolución china cristalizara en una variante del marxismo-leninismo con pretensiones de autonomía teórica y, sobre todo, de independencia política dentro del campo socialista (Lüthi, 2008, p. 17). En este sentido, el triunfo comunista en China en 1949 no significó automáticamente, para el Kremlin, la incorporación de un aliado ideológicamente homogéneo, sino la aparición de una potencia continental que podía alterar el equilibrio interno del movimiento comunista internacional, tradicionalmente organizado en torno a la centralidad soviética (Floyd, 1964, p. 9). La desconfianza de Stalin hacia Mao no procedía únicamente de rivalidades personales o de roces diplomáticos, sino de una lectura estructural: China era demasiado grande para convertirse en satélite al estilo de Europa del Este, y su trayectoria revolucionaria autóctona, prolongada, y apoyada en un campesinado masivo cuestionaba silenciosamente la idea de que la experiencia soviética fuese el único camino legítimo al socialismo (Lüthi, 2008, p. 17).



Ilustración 4. Cartel propagandístico de Stalin y Mao, aliados en los comienzos de la Guerra Fría. Fuente: El Confidencial

A ojos de Stalin, el problema maoísta se entrelazaba desde el principio con una cuestión de autoridad ideológica. La URSS se concebía a sí misma como el "centro" del socialismo mundial y, por extensión, como el único foco legítimo de definición doctrinal, una lógica que había quedado anclada desde la época del Komintern y se reconfiguró después en formas menos institucionalizadas pero igualmente jerárquicas (Lüthi, 2008, p. 24). En esa arquitectura, la revolución china era bienvenida como victoria del "campo socialista", pero debía ser encuadrada dentro de un sistema de disciplina en el que Moscú fijaba el marco general, mientras las demás experiencias nacionales debían presentarse como adaptaciones subordinadas y no como alternativas que pudieran reclamar estatus universal (Floyd, 1964, p. 44). Por ello, aun cuando Stalin aceptó la utilidad estratégica de la China comunista en el contexto de la Guerra Fría, se resistió a reconocer que el maoísmo pudiera constituir un patrón exportable, especialmente hacia Asia, porque ello habría erosionado el monopolio interpretativo soviético sobre qué era "marxismo-leninismo correcto" (Lüthi, 2008, p. 64).
Este recelo no se explica solo por abstracciones doctrinales, sino por la forma específica en que Mao había construido el poder. En el imaginario soviético, el socialismo se asociaba a la centralidad del proletariado industrial y a una revolución que se legitimaba por su base urbana; el maoísmo, en cambio, había producido una síntesis donde el campesinado ocupaba el papel motor y la guerra de guerrillas rural había sido el instrumento decisivo de conquista del Estado (Floyd, 1964, pp. 6-7). La URSS podía tolerar esa excepcionalidad como hecho aislado, pero Stalin temía que se tradujera en una teoría general capaz de disputar el liderazgo simbólico soviético, del mismo modo que el "trauma yugoslavo" de 1948 alimentaba la sospecha de que un comunismo victorioso por medios propios podía derivar en insubordinación (Pantsov y Levine, 2013, p. 354). En otras palabras, Stalin no solo veía un modelo distinto, sino un precedente peligroso: un Partido comunista que había vencido sin la tutela militar soviética y que, por tanto, podía reclamar voz propia en la dirección del bloque (Pantsov y Levine, 2013, pp. 345, 354-355).

En este marco, la conducta estalinista tendió a convertir la relación con la RPC en un mecanismo de integración y contención. La estrategia consistía en aceptar a China como aliado imprescindible, pero rodear esa alianza de dispositivos políticos, económicos y de seguridad que evitaran cualquier posibilidad de desviación. El objetivo de Moscú pasaba por forzar a los líderes chinos a aceptar las prerrogativas de la Unión Soviética dentro de su propia arquitectura de seguridad, buscando mantener el derecho a dictar las directrices de la política exterior de Beijing frente a las potencias occidentales (Goncharov et al., 1993, p. 108). En la práctica, esta subordinación se materializó a través de instrumentos legales como el Acuerdo Adicional anexo al tratado de 1950, el cual prohibía la participación de capitales o ciudadanos de terceros países en la periferia soviética y china. Este tipo de cláusulas restringían de facto el pleno ejercicio de la soberanía china en territorios estratégicos como Manchuria y Xinjiang, reduciendo drásticamente los márgenes de autonomía de Beijing sin necesidad de recurrir a una dominación abierta (Shen y Xia, 2015, p. 56). A diferencia del caso de Europa del Este, donde la satelización se apoyó en la presencia del Ejército Rojo y en una homogeneización institucional relativamente rápida, en China el control debía ejercerlo el propio entramado de la cooperación: créditos, transferencia tecnológica selectiva, asesoramiento técnico, y acuerdos que condicionaban la capacidad de la RPC para operar

internacionalmente con libertad plena (Lüthi, 2008, p. 37). De hecho, la ayuda soviética no se planteó como un acto altruista, sino como una relación que generaba dependencia; incluso el crédito emblemático de 1950 se articuló como préstamo con interés, y no como transferencia fraternal, lo que reforzaba la asimetría y la capacidad de presión soviética (Chen et al., 1995, p. 9).

La dimensión más característica del enfoque estalinista fue, sin embargo, la subordinación del vínculo ideológico a un cálculo geopolítico heredado de la política de seguridad imperial rusa. La prioridad de Stalin consistía en ensanchar las zonas tampón a lo largo de su periferia para fortificar la posición soviética en Asia Oriental, una estrategia que requería someter los intereses de los estados más débiles, incluida China, a las necesidades de defensa de Moscú (Goncharov et al., 1993, pp. 1-2). Por ello, su posición frente al maoísmo no consistió solo en "evaluar" una doctrina, sino en gestionar a un aliado cuyo nacionalismo podía chocar con los intereses soviéticos en regiones sensibles como Manchuria o Xinjiang, y cuya magnitud demográfica convertía a China en potencial competidor interno del liderazgo soviético (Shen y Xia, 2015, p. 50). La alianza, desde esta óptica, debía blindar el frente oriental soviético y convertir a China en profundidad estratégica frente a Estados Unidos, evitando simultáneamente que Beijing pudiera utilizar su nuevo estatus para renegociar la arquitectura regional de seguridad en términos propios (Lüthi, 2008, p. 37).

La conversación registrada entre Stalin y Mao a finales de 1949 e inicios de 1950 ilustra bien la forma en que la lógica geopolítica se imponía sobre el relato de igualdad socialista. Stalin insistió en que el tratado firmado con China derivaba de los acuerdos de Yalta, advirtiendo a Mao de que cualquier alteración de sus disposiciones proporcionaría un pretexto legal a Estados Unidos y Gran Bretaña para enmendar las cláusulas relativas a las Islas Kuriles y a otras ganancias territoriales soviéticas en el Pacífico (Shen y Xia, 2015, p. 48). Aunque ese punto aparece a menudo como una disputa jurídica, su trasfondo es la prioridad estalinista de consolidar posiciones estratégicas antes que satisfacer demandas simbólicas chinas de soberanía plena, aun cuando esas demandas fueran políticamente cruciales para la legitimidad interna del nuevo régimen maoísta (Mei, 1985, p. 71). En la práctica, Stalin buscaba que la RPC quedara integrada en el bloque, pero sin transformar esa integración en un precedente: que otras fuerzas comunistas interpretaran la victoria china como autorización para exigir una "paridad" real con el Kremlin (Lüthi, 2008, p. 64).

Una pieza central de esta arquitectura de control fue el mantenimiento de restricciones de seguridad que, aunque discretas, operaban como límites a la soberanía efectiva en áreas críticas. La existencia de acuerdos adicionales secretos que limitaban la presencia económica y social de terceros países en Manchuria y Xinjiang muestra hasta qué punto la seguridad soviética se traducía en normas que afectaban directamente al margen de maniobra del Estado chino (Chen et al., 1995, p. 26). Desde la perspectiva de Stalin, estas restricciones no solo protegían posiciones soviéticas y reducían el riesgo de penetración occidental, sino que también funcionaban como recordatorio permanente de que la alianza tenía un "centro" que definía las reglas de protección del bloque (Wallace, 1983, p. 462). En el fondo, se trataba de administrar un dilema: el maoísmo necesitaba presentarse como revolución nacional

liberadora, pero la URSS exigía garantías de que esa liberación no se convertiría en política exterior autónoma que complicara la contención con Estados Unidos (Floyd, 1964, p. 45).

La gestión estalinista de la ayuda económica y técnica debe leerse en el mismo registro. La URSS ofreció asistencia fundamental para la industrialización y la planificación, pero lo hizo de modo que reforzaba un patrón de dependencia y permitía supervisión soviética sobre sectores estratégicos (Lüthi, 2008, p. 37). El envío de asesores y especialistas, que alcanzaría cifras muy elevadas, representaba, además de transferencia de conocimiento, una forma de inserción soviética en el aparato productivo chino, facilitando influencia política y capacidad de evaluación sobre la dirección que tomaba el experimento maoísta (Lüthi, 2008, p. 41). Esto encajaba con la preferencia soviética por un socialismo "administrable": una China que planificaba y se industrializaba según parámetros soviéticos era, a ojos de Stalin, más predecible y menos propensa a desviaciones ideológicas heterodoxas o aventuras políticas que arrastraran al bloque a crisis no deseadas (Shen y Xia, 2015, p. 307).

La Guerra de Corea profundizó y consolidó estos mecanismos, no solo por su impacto militar sino por su función disciplinaria. Aunque la narración factual del conflicto ya ha sido tratada en el capítulo anterior, aquí interesa subrayar cómo la guerra reforzó la visión estalinista de que la utilidad principal de China residía en su capacidad para aportar profundidad y sacrificio en un escenario donde la URSS buscaba evitar la confrontación directa con Estados Unidos (Mansourov, 1995, p. 104). La insistencia soviética en estructurar gran parte del suministro y la modernización como transacciones financiadas, y no como "donaciones" políticas, reforzaba el control soviético sobre el ritmo y el alcance del desarrollo militar chino (Chen et al., 1995, p. 12). Al mismo tiempo, la guerra elevó el prestigio de Beijing dentro del bloque y alimentó, paradójicamente, la posibilidad de que el maoísmo reclamara mayor autoridad, una consecuencia que Stalin debía gestionar con cautela para no repetir una ruptura al estilo Tito (Pantsov y Levine, 2013, p. 354).

Lo más revelador de la posición de Stalin frente al maoísmo es, quizá, que su política combinó reconocimiento y contención de manera simultánea. Por un lado, la URSS necesitaba a la China de Mao para estabilizar la correlación global de fuerzas y proyectar la imagen de un "campo socialista" en expansión; por otro, el propio éxito de Mao y el componente nacional de su revolución generaban un problema de gobernanza del bloque, porque abrían la puerta a una lógica de "dos centros" que Moscú no podía aceptar sin perder primacía (Floyd, 1964, p. 49). De ahí que, incluso cuando líderes chinos afirmaban que no podía haber otros centros y que la URSS era el núcleo del campo socialista, el Kremlin interpretara el maoísmo como una fuerza con tendencia natural a reclamar codecisión y a disputar la agenda estratégica (Lüthi, 2008, p. 64). Esa sospecha se agudizó cuando Beijing comenzó a interpretar la tensión internacional no como un riesgo a minimizar, sino como un recurso movilizador, una lectura que Moscú consideraba peligrosa en un mundo nuclear (Shen y Xia, 2015, p. 307).

En definitiva, la posición de Stalin puede describirse como un equilibrio entre ortodoxia ideológica y pragmatismo geopolítico, orientado a integrar a la RPC dentro del bloque sin

permitir que su revolución se transformara en alternativa doctrinal y política al liderazgo soviético (Lüthi, 2008, p. 65). El maoísmo, en esta fase, aparecía ante el Kremlin como una revolución necesaria pero incómoda: imprescindible para la seguridad soviética en Asia y para el prestigio del socialismo mundial, pero potencialmente subversiva en el interior del propio movimiento comunista, por su origen autóctono, su base social campesina y su inevitable afirmación nacional (Floyd, 1964, p. 102). Esta tensión, la incorporación de China como aliado y su contención como posible rival, no fue un accidente, sino un rasgo constitutivo del diseño estalinista de la alianza, y contribuyó a fijar un patrón de asimetría y recelo que, aun con variaciones, sobrevivió a la muerte de Stalin y reaparecería con fuerza en los conflictos ideológicos y estratégicos de la segunda mitad de la década de 1950.

3.2. La posición de Khrushchev

La muerte de Stalin en marzo de 1953 abrió un ciclo de profundo reajuste en la Unión Soviética que, a medida que Nikita Khrushchev fue consolidando su primacía en el Kremlin, acabó redefiniendo el lugar de Moscú en el bloque socialista y alterando irremediablemente la alianza con la República Popular China. La herencia política y económica dejada por el estalinismo resultaba insostenible para la nueva cúpula soviética, que se enfrentaba a un país exhausto por las tensiones de la Guerra Fría, con un sistema represivo desbordado y una pesada carga derivada de la producción militar (Khrushchev, 2006, p. 301). Ante esta situación, la dirección soviética comprendió la urgente necesidad de aliviar la presión internacional para concentrar los esfuerzos en la modernización interna, lo que motivó un acercamiento inicial hacia Beijing destinado a restaurar el orgullo de Mao Zedong tras los recurrentes tratos asimétricos sufridos históricamente. Esta "luna de miel" se tradujo en un sustancial incremento de la asistencia económica y tecnológica, plasmado en compromisos para la construcción de decenas de plantas industriales y en la simbólica devolución de las bases de Port Arthur y Dalian durante la visita oficial a China en 1954 (Floyd, 1963, p. 19). Garantizar un vínculo sólido y fraternal con el PCCh no respondía únicamente a imperativos geopolíticos, sino que resultaba un elemento fundamental para que el líder soviético pudiera afianzar su propio liderazgo interno frente a las facciones conservadoras herederas de la vieja guardia estalinista (Shen y Xia, 2015, p. 231).

Sin embargo, la fragilidad de esta etapa de conciliación quedó en evidencia poco después, durante la celebración del XX Congreso del PCUS en febrero de 1956. En este escenario histórico se articularon innovaciones doctrinales que modificaban preceptos inamovibles del marxismo-leninismo, elevando la coexistencia pacífica a la categoría de línea estratégica permanente de la política exterior y abandonando su antigua concepción como una mera táctica dilatoria frente al imperialismo (Chen, 2001, p. 150). La premisa analítica del Kremlin sostenía que la proliferación del armamento termonuclear había transformado radicalmente la naturaleza del conflicto global, invalidando el viejo dogma sobre la inevitabilidad de la guerra, dado que un enfrentamiento a gran escala implicaría la aniquilación indiscriminada tanto de las sociedades burguesas como de los regímenes comunistas (Floyd, 1963, p. 94). A este viraje teórico se sumó el devastador impacto político del "discurso secreto", mediante el cual se denunciaron los innumerables crímenes de los años treinta y las nefastas

consecuencias del culto a la personalidad, impulsando un proceso de desestalinización de forma unilateral sin consultar previamente a sus aliados (Shen y Xia, 2015, p. 133). La actitud de Khrushchev, el cual continuaba otorgandose el derecho de dictar el rumbo ideológico de todo el movimiento internacional sin someter sus decisiones al consenso de los partidos hermanos, fue interpretada en Beijing como una persistencia inaceptable de actitudes imperiales (Floyd, 1964, p. 68).



Ilustración 5. Mao y Khrushchev en la celebración del 40 aniversario de la revolución bolchevique, Moscú, 6 de noviembre de 1957. Fuente: Xinhua News Agency.

Estas acentuadas divergencias de orden teórico se cristalizaron rápidamente en duros enfrentamientos prácticos en la arena internacional, marcados por visiones estratégicas completamente opuestas. Mientras Moscú apostaba por una activa diplomacia de cumbres para resolver los grandes litigios mediante negociaciones directas con las potencias capitalistas (Floyd, 1964, p. 68), el liderazgo de Beijing interpretaba que los rotundos éxitos soviéticos en la carrera espacial demostraban una innegable hegemonía militar del bloque socialista (Lüthi, 2008, p. 77). A partir de esta firme convicción, las autoridades chinas dedujeron que el nuevo escenario exigía mantener una presión agresiva y constante sobre Estados Unidos en lugar de buscar el apaciguamiento (Shen y Xia, 2015, p. 326). Esta abismal desconexión estratégica se hizo palpable durante la crisis del estrecho de Taiwán que estalló en el verano de 1958, cuando las fuerzas chinas iniciaron un intenso e inesperado bombardeo artillero sobre las islas de Jinmen sin haber coordinado la ofensiva con sus aliados, arrastrando forzosamente a la URSS a respaldar una acción militar de alto riesgo (Shen y Xia, 2015, p. 224). La crisis evidenció que Moscú no estaba dispuesta a subordinar su estrategia global por las iniciativas unilaterales de su aliado menor, de la misma manera que priorizaría sus propios intereses geopolíticos al adoptar una clara posición de neutralidad durante el posterior conflicto fronterizo sino-indio, anteponiendo la pragmática relación con Nueva Delhi al internacionalismo proletario (Lüthi, 2008, p. 141).

En paralelo a las fricciones geopolíticas externas, la incomprensión mutua se agravó por la visión profundamente escéptica que el Kremlin mantenía respecto a las políticas internas

chinas, en particular las iniciativas del Gran Salto Adelante y la veloz implantación de las comunas populares. La dirigencia soviética interpretaba la pretensión china de alcanzar el comunismo en un tiempo récord como una iniciativa carente de bases materiales objetivas, atribuyéndola en su fuero interno a la megalomanía de un líder que trataba de afirmar su genialidad al verse frustrado en sus intentos por dominar el movimiento comunista internacional (Khrushchev, 2007, p. 434). Las reticencias soviéticas se hicieron públicas de forma indirecta durante un discurso pronunciado en Poznan en julio de 1959, donde se recordó que las comunas agrícolas ya habían sido ensayadas y descartadas en la URSS durante la década de los veinte por no existir las condiciones adecuadas para sostenerlas (Lüthi, 2008, p. 131). Cuando poco después, durante la crucial conferencia de Lushan, el ministro de Defensa chino Peng Dehuai advirtió sobre los graves estragos económicos que asolaban el país utilizando análisis que resonaban con los de Moscú, la facción maoísta encontró el pretexto idóneo para acusarle de abierta connivencia con el revisionismo (Floyd, 1964, p. 66). El posterior intento del máximo mandatario soviético por mediar y calificar las purgas contra Peng como infundadas constituyó un grave error de cálculo político que fue percibido como una intolerable intromisión institucional, reafirmando la convicción china de que se estaba orquestando un complot extranjero para derrocar a su líder (Chen, 2001, p. 152).



Ilustración 6. Mao y Khrushchev en el aeropuerto de Beijing, 31 de julio de 1958. Fuente: Xinhua News Agency.

La prioridad absoluta del dirigente soviético por la diplomacia del apaciguamiento culminó en un momento de altísima tensión en el seno de la alianza durante el otoño de 1959, marcando de facto el punto de no retorno. Tras forjar el denominado "espíritu de Camp David" en sus históricas reuniones en Estados Unidos, la plana mayor soviética viajó a Beijing para asistir protocolariamente a las conmemoraciones del décimo aniversario de la República Popular,

introduciendo un mensaje triunfalista de distensión que resultaba del todo inaceptable para el politburó local (Floyd, 1963, p. 74). La relación personal entre ambos mandatarios se había vuelto insostenible: mientras Khrushchev consideraba que la postura de Mao era excesivamente inflexible y peligrosamente similar a los tiempos de Stalin, el líder chino veía al mandatario soviético como alguien demasiado dispuesto a acomodarse a las exigencias de Washington, una desconfianza que alcanzó su punto álgido precisamente tras su viaje a Estados Unidos para reunirse con el presidente Eisenhower en 1959 (Cha & Pacheco Pardo, 2023, p. 71). En el transcurso del banquete oficial de Estado, los discursos moscovitas ensalzaron las virtudes de la moderación e incluyeron severas advertencias veladas sobre la imprudencia de poner a prueba la solidez estructural del sistema capitalista recurriendo imprudentemente a la fuerza de las armas (Chen, 2001, p. 149). Las posteriores reuniones a puerta cerrada degeneraron en un absoluto caos de reproches donde se exigió a China abandonar su política de aventurerismo, provocando la indignación de la cúpula del PCCh que acusó frontalmente a Khrushchev de tolerar el plan estadounidense de las dos Chinas y de claudicar ante el imperialismo (Shen y Xia, 2015, p. 226). La fractura diplomática fue de tal magnitud que la visita concluyó sin la emisión del preceptivo comunicado conjunto que exigía el protocolo comunista, seguida de una hostil alocución pública del líder soviético en su escala en Vladivostok donde alertaba contra quienes se comportaban internacionalmente como un gallo belicoso (Floyd, 1964, p. 76).

El total desmoronamiento de la confianza política propició rápidamente la desarticulación de la cooperación militar y nuclear, un ámbito que durante años había representado la máxima expresión de la interdependencia bilateral estratégica. En sus primeros años de mandato, el Kremlin había accedido pragmáticamente a la transferencia de tecnología de defensa como moneda de cambio para afianzar el prestigio del PCCh, firmando en octubre de 1957 un ambicioso acuerdo que comprometía la entrega de un modelo didáctico de bomba atómica (Shen y Xia, 2015, p. 231). Sin embargo, el temor latente a que un régimen imprevisible acabara arrastrando involuntariamente a la URSS a una cruenta guerra termonuclear, sumado a las fricciones logísticas como la negativa a entregar tecnología balística estadounidense recuperada en Taiwán, colmaron la paciencia de Moscú. En junio de 1959, el Kremlin formalizó la suspensión temporal pero indefinida de la provisión del prometido prototipo nuclear justificándose en la necesidad de no boicotear las delicadas negociaciones de paz en Ginebra, un acto que el liderazgo chino catalogó de inquina desleal y que motivó la aceleración nacionalista de su proyecto bajo el críptico código "596" en recuerdo de la fecha de la afrenta soviética (Shen y Xia, 2015, p. 227).

Ante la franca imposibilidad de resolver sus hondas contradicciones doctrinales en las esferas de debate conjunto, ambos líderes optaron por trasladar veladamente su hostil confrontación a las relaciones diplomáticas con terceros países del bloque en una guerra ideológica. Mientras el gobierno soviético invertía todo su capital político en normalizar los lazos con la disidente Yugoslavia de Josip Broz Tito para avalar las vías institucionales y tolerantes del socialismo, la maquinaria propagandística china atacaba de forma implacable a las autoridades de Belgrado, utilizándolas como un cómodo blanco sustitutorio para erosionar sociológicamente la línea revisionista sostenida en la cúspide moscovita (Floyd, 1963, p. 142). Este mecanismo

pernicioso de desgaste operó de forma asombrosamente simétrica en el caso de la pequeña república de Albania, cuyo inmovilismo organizativo la acercó rápidamente a la órbita de influencia política que irradiaba Beijing, propiciando que la dirigencia soviética atacara airada y frontalmente a sus autoridades durante las históricas sesiones plenarias de 1961 para exhibir de manera ejemplarizante el altísimo coste punitivo de la insubordinación (Chen, 2001, p. 150). Creyendo equivocadamente que su incontestable supremacía tecnológica le otorgaba un derecho natural inalienable para dictar el ritmo rector de todo el bloque, el máximo mandatario soviético ordenó en el verano de 1960 la retirada abrupta y masiva de la práctica totalidad de sus ingenieros residentes en China, paralizando instalaciones críticas (Shen y Xia, 2015, p. 229). Esta impetuosa medida coercitiva, concebida para disciplinar a un aliado cada vez más alocado, tuvo paradójicamente el efecto opuesto, ya que proporcionó a Mao Zedong la justificación argumental perfecta ante su pueblo para culpar al revisionismo extranjero de las privaciones asoladoras del país, sellando así de forma irreversible y definitiva la gran ruptura histórica de la alianza comunista (Lüthi, 2008, p. 135).

Capítulo 4: El significado de la ruptura sino-soviètica

El significado histórico de la ruptura sino-soviética trasciende la mera anécdota de una disputa ideológica entre dos liderazgos comunistas, erigiéndose como el punto de inflexión estructural que reconfiguró de manera irreversible la arquitectura geopolítica de la Guerra Fría y el orden global contemporáneo. La desintegración definitiva de la alianza entre la Unión Soviética y la República Popular China certificó el colapso absoluto del mito del monolitismo socialista, evidenciando que los imperativos de seguridad nacional, la soberanía estatal y los intereses geoestratégicos prevalecían sobre la retórica de la solidaridad proletaria y el internacionalismo marxista-leninista. Este prolongado cisma, que mutó de divergencias doctrinales sobre la ortodoxia marxista a una genuina rivalidad, forzó a ambas naciones a reestructurar sus estrategias de política exterior, sus doctrinas de defensa y, en última instancia, sus propios modelos de desarrollo económico y social. La magnitud de esta fractura no solo liberó a China de su subordinación estratégica respecto a Moscú, permitiéndole trazar un camino independiente hacia la modernización y la integración en el sistema internacional, sino que también sometió a la Unión Soviética a un desgaste militar, diplomático y económico en múltiples frentes que, a largo plazo, resultaría insostenible y contribuiría significativamente a su colapso institucional a principios de la década de 1990.

Para comprender la trascendencia de esta ruptura en la etapa post-ruptura, debemos analizar cómo el conflicto internacional se entrelazó con las convulsiones políticas internas de China. La dirigencia china, encabezada por Mao Zedong, instrumentalizó sistemáticamente las divergencias con el Kremlin para purgar a sus adversarios internos y consolidar su autoridad absoluta dentro del Partido Comunista. Al acusar a los líderes soviéticos de haber traicionado la dictadura del proletariado y de estar restaurando el capitalismo, Mao articuló un discurso del miedo orientado a prevenir que un "revisionismo" similar infectara a la sociedad china. La publicación de virulentas polémicas anti-soviéticas, no solo buscaba desafiar el monopolio doctrinal de Moscú en el exterior, sino que operaba fundamentalmente como un mecanismo de legitimación interna para erradicar cualquier disidencia. La cruzada ideológica contra la Unión Soviética funcionó como una vara de medir con la que se juzgaba la pureza revolucionaria de cualquier cuadro del partido, sentando las bases retóricas y políticas que desembocarían en la devastadora Revolución Cultural (Lüthi, 2008, p. 285). Bajo la consigna de oponerse al revisionismo en el extranjero para prevenirlo en casa, Mao vinculó directamente a la cúpula soviética con sus propios rivales políticos, como Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, a quienes acusaba de seguir la senda capitalista de Khrushchev (Lüthi, 2008, p. 244). Esta paranoia institucionalizada garantizó que la hostilidad hacia Moscú se convirtiera en un pilar inamovible de la identidad estatal china durante más de una década, imposibilitando cualquier reconciliación pragmática. Incluso cuando Khrushchev fue destituido en octubre de 1964, un acontecimiento que Beijing celebró inicialmente como una victoria personal de Mao, la intransigencia ideológica impidió recomponer la alianza. Tras enviar a Zhou Enlai a Moscú para evaluar a la nueva dirigencia soviética, los líderes chinos concluyeron rápidamente que el gobierno de Leonid Brezhnev representaba un

"Khrushchevismo sin Khrushchev", confirmando que el cisma era inherente a las estructuras de poder de ambos estados y no un mero choque de personalidades, lo que precipitó el colapso absoluto de las relaciones entre ambos partidos (Lüthi, 2008, p. 286).

En el ámbito del desarrollo militar y tecnológico, la ruptura adquirió un significado trascendental al forzar a China a emprender un gran esfuerzo por alcanzar la autosuficiencia estratégica, culminando en el exitoso establecimiento de su propio programa nuclear independiente. Durante la década de 1950, la Unión Soviética había proporcionado una asistencia técnica y material indispensable para la incipiente industria atómica china, motivada en parte por la necesidad del Kremlin de asegurar el apoyo político de Beijing frente a las crisis en Europa del Este (Shen y Xia, 2015, p. 231). Sin embargo, a medida que la política exterior china se tornaba más radical y unilateral, la confianza de Moscú se evaporó. El punto de quiebre en la cooperación militar se materializó durante la crisis del Estrecho de Taiwán en 1958, cuando China bombardeó las islas de Jinmen sin consultar previamente a sus aliados soviéticos, exponiendo a la URSS al riesgo de una confrontación indeseada con los Estados Unidos. La tensión se agravó significativamente a raíz del incidente con un misil aire-aire Sidewinder de fabricación estadounidense; tras capturar un proyectil sin detonar disparado por la fuerza aérea taiwanesa, las autoridades chinas ignoraron inicialmente las peticiones soviéticas para examinarlo y, cuando finalmente lo entregaron, lo hicieron de forma incompleta, omitiendo componentes cruciales del sistema de guiado infrarrojo, lo que enfureció profundamente a Khrushchev (Shen & Xia, 2015, pp. 224-225). Como represalia por esta falta de lealtad y transparencia, entre otras cosas, el gobierno soviético comenzó a dilatar la transferencia tecnológica y, el 20 de junio de 1959, remitió una carta oficial al Comité Central del Partido Comunista de China anunciando la suspensión de la entrega de un prototipo de bomba atómica y de sus datos técnicos asociados, justificando la decisión en la necesidad de no entorpecer las negociaciones multilaterales sobre la prohibición de ensayos nucleares que se celebraban en Ginebra (Shen & Xia, 2015, p. 226).

Lejos de claudicar ante esta coerción, el liderazgo chino interpretó la retirada del apoyo soviético como una humillación intolerable que debía ser superada mediante el esfuerzo nacional. En un gesto cargado de simbolismo nacionalista, el programa nuclear chino fue rebautizado internamente como "Proyecto 596", en conmemoración al año y mes de la traición soviética, concentrando inmensos recursos estatales para desarrollar la bomba con tecnología propia (Shen & Xia, 2015, p. 227). La situación empeoró en el verano de 1960, cuando Moscú ordenó la retirada abrupta y total de todos los asesores científicos y especialistas que trabajaban en China, quienes abandonaron el país llevándose consigo los planos fundamentales y paralizando temporalmente decenas de instalaciones industriales y centros de investigación (Shen & Xia, 2015, p. 229). A pesar del inmenso daño logístico y los años de retraso que esto supuso, la obstinación china rindió frutos cuando, en octubre de 1964, la nación detonó con éxito su primer artefacto nuclear. Este logro monumental, propiciado paradójicamente por el abandono soviético, alteró para siempre el equilibrio de poder global. La obtención de un poder disuasorio autónomo garantizó la inviolabilidad territorial de China, emancipándola definitivamente de la dependencia del paraguas nuclear

soviético y eliminando cualquier posibilidad futura de que Moscú o Washington pudieran someter a Beijing mediante el chantaje atómico.

La ruptura también redefinió la geografía de los conflictos periféricos, trasladando la pugna sino-soviética a los escenarios del Tercer Mundo y dividiendo irreversiblemente al movimiento comunista internacional. Privadas de un enemigo común que unificara sus acciones, la Unión Soviética y China comenzaron a competir por la hegemonía política e ideológica sobre los movimientos de descolonización y liberación nacional en Asia, África y América Latina. Para China, las naciones subdesarrolladas representaban el equivalente global del campesinado revolucionario que, mediante la guerra de guerrillas, terminaría por cercar y derrotar a las potencias industrializadas y urbanas, una doctrina que Beijing instrumentalizó para legitimar su liderazgo revolucionario y deslegitimar la política soviética de coexistencia pacífica. Esta rivalidad se manifestó durante la Crisis de los Misiles en Cuba en 1962. Cuando Khrushchev acordó retirar el armamento nuclear de la isla para evitar un holocausto atómico, la maquinaria propagandística china no dudó en acusar al líder soviético de capitulacionismo y cobardía frente al imperialismo estadounidense, intentando capitalizar la indignación de líderes revolucionarios como Fidel Castro para atraerlos hacia la órbita maoísta (Radchenko, 2020, pp. 261-263). A lo largo de la década, esta dinámica de confrontación obligó a los partidos comunistas de todo el planeta a elegir bandos, provocando escisiones profundas y el surgimiento de numerosas facciones radicales pro-chinas que desafiaban las directrices emanadas desde Moscú. La división debilitó irremediablemente la capacidad del bloque socialista para proyectar una influencia cohesionada a nivel global.

El cisma ideológico y diplomático tuvo un profundo correlato en los modelos de desarrollo económico adoptados por ambas potencias, revelando incompatibilidades estructurales que marcarían sus destinos históricos. Las fricciones en materia de política económica interna ya habían aflorado drásticamente a finales de la década de 1950. Mao Zedong, convencido de que China podía saltar etapas en la construcción del socialismo y superar rápidamente la capacidad productiva de las potencias occidentales y de la propia URSS, impulsó el Gran Salto Adelante y la creación de las Comunas Populares. Este experimento utópico y descentralizado desafiaba abiertamente la ortodoxia de la planificación burocrática estalinista y generó un profundo escepticismo entre los asesores soviéticos. La situación alcanzó un punto crítico en 1959, cuando Khrushchev, en un discurso pronunciado en Polonia y posteriormente publicado íntegramente en la prensa soviética, criticó abiertamente el concepto de las comunas, calificándolas de ineficientes y recordando que la propia Unión Soviética había descartado esquemas similares en el pasado por considerarlos reaccionarios (Shen & Xia, 2015, pp. 295-297). Para Mao, quien enfrentaba en ese preciso momento fuertes críticas internas por parte del Ministro de Defensa Peng Dehuai debido a la hambruna y el desastre económico que las comunas estaban provocando, la intromisión pública de Khrushchev representó una afrenta imperdonable. La dirigencia china percibió las declaraciones soviéticas no como un consejo fraternal, sino como un intento deliberado de inmiscuirse en la política interna china y de respaldar a los opositores derechistas dentro del Partido Comunista, lo que llevó a Mao a declarar una guerra ideológica total para defender sus políticas domésticas frente al escepticismo mundial (Shen & Xia, 2015, pp. 297-298).

Las implicaciones de esta divergencia en los modelos de desarrollo se hicieron aún más evidentes y definitivas durante la década de 1980, en la fase post-ruptura. A medida que la hostilidad abierta comenzaba a atenuarse debido al agotamiento mutuo, China y la Unión Soviética se embarcaron en procesos de reforma que reflejaban lecciones opuestas extraídas de su experiencia comunista compartida. Bajo el liderazgo pragmático de Deng Xiaoping, China subordinó sus antiguas ambiciones revolucionarias globales a la urgencia imperativa de la modernización económica nacional. Abandonando el dogmatismo maoísta, Deng implementó una liberalización económica controlada, introduciendo mecanismos de mercado, abriendo Zonas Económicas Especiales al capital extranjero y asimilando tecnología occidental, todo ello mientras mantenía un férreo control político y administrativo a través del Partido Comunista. En marcado contraste, el líder soviético Mikhail Gorbachev, constreñido por un aparato industrial obsoleto y el peso abrumador de la carrera armamentística de la Guerra Fría, adoptó un enfoque opuesto. Guiado por ilusiones neo-leninistas y la creencia en un "socialismo con rostro humano", Gorbachev priorizó la liberalización política y la democratización mediante la "glasnost", al tiempo que desmantelaba prematuramente los mecanismos de control económico del partido sin haber consolidado un sistema financiero de mercado alternativo (Zubok, 2017, p. 22). Mientras el pragmatismo chino preservaba la estabilidad estatal indispensable para atraer inversiones capitalistas y generar un crecimiento sostenido, el idealismo político soviético desató fuerzas centrífugas nacionalistas y un caos productivo que conducirían inexorablemente al colapso del estado.

La pacificación formal de las relaciones a finales de los años ochenta subrayó la extinción definitiva de la alianza ideológica y su transformación en una relación transaccional y fría. Aunque el comercio bilateral se recuperó tras décadas de parálisis, su impacto fue estructuralmente marginal; hacia finales de la década, el intercambio con la Unión Soviética apenas representaba el tres por ciento del comercio exterior total de China, en abrumador contraste con la profunda integración económica que Beijing ya había logrado con potencias capitalistas como Japón y los Estados Unidos (Zubok, 2017, p. 21). Además, la normalización política fue un proceso extenuante y condicionado enteramente por las exigencias de seguridad chinas. Deng Xiaoping dejó claro que no habría reconciliación plena hasta que Moscú eliminara los "tres obstáculos" geopolíticos: la retirada incondicional de las tropas soviéticas de Afganistán, la drástica reducción de las guarniciones militares a lo largo de la frontera sino-soviética, y, sobre todo, el cese del apoyo diplomático y logístico a la ocupación vietnamita en Camboya (Zubok, 2017, p. 24). Acuciado por la necesidad de aliviar la carga financiera de su imperio para salvar su economía doméstica, Gorbachev cedió gradualmente a estas precondiciones, allanando el camino para la histórica cumbre de mayo de 1989.

La cumbre de Beijing de 1989 evidenció de forma palmaria el significado último de la ruptura: la inversión de los roles de poder entre ambas naciones y el triunfo del pragmatismo de Estado sobre la retórica comunista. Durante los encuentros, ambos líderes acordaron "enterrar el pasado" y reiniciar sus relaciones sobre la base estricta de la igualdad soberana y la no injerencia, reconociendo implícitamente que el sueño de un bloque socialista cohesionado había muerto para siempre. La debilidad soviética quedó expuesta de manera descarnada durante las negociaciones económicas bilaterales. Cuando el líder soviético y su

delegación propusieron establecer amplios proyectos conjuntos para el desarrollo de Siberia o la exportación de bienes industriales y tecnología de alta gama, el Primer Ministro chino Li Peng desestimó diplomáticamente las ofertas. Li Peng aclaró que China ya no requería maquinaria soviética, pues satisfacía sus necesidades de alta tecnología mediante sus fluidas relaciones con Occidente, y relegó el interés chino exclusivamente a la importación de materias primas soviéticas; además, al solicitar inversión financiera para proyectos en China, el jefe del Gosplan soviético, Yuri Masliukov, se vio forzado a admitir con crudeza la insolvencia de Moscú, confesando que la Unión Soviética carecía por completo de fondos (Zubok, 2017, pp. 26-27). Esta interacción escenificó el declive terminal de la superpotencia soviética frente a una China en pleno ascenso económico. Días después de la partida de Gorbachev, la violenta represión militar del movimiento estudiantil en la Plaza de Tiananmen sepultó cualquier paralelismo entre los destinos de ambos países. Para Gorbachev, el derramamiento de sangre en Beijing confirmó trágicamente su convicción de que la represión autoritaria era inaceptable, reafirmando su compromiso con la vía democrática que eventualmente disolvería a la URSS; para la dirigencia china, la supervivencia del régimen justificaba cualquier medida de fuerza, garantizando la continuidad de un sistema de capitalismo de Estado que convertiría al país en la superpotencia hegemónica del nuevo milenio (Zubok, 2017, pp. 27-28).

En conclusión, el significado de la ruptura sino-soviética en la era post-cisma radica en su papel como el catalizador principal de la transformación del orden mundial durante la segunda mitad del siglo XX. La disolución de la alianza comunista demostró que las lealtades ideológicas eran inherentemente frágiles frente a las imperiosas demandas del nacionalismo, la seguridad fronteriza y el desarrollo económico. Para la República Popular China, el amargo divorcio de Moscú constituyó el trauma necesario para emancipar su política exterior, forzándola a desarrollar un arsenal nuclear disuasorio propio, a equilibrar a las superpotencias mediante una astuta diplomacia triangular con Washington, y a buscar su modernización a través de la integración en los mercados capitalistas globales. Para la Unión Soviética, el enfrentamiento prolongado con su vecino oriental supuso una hemorragia de recursos militares y económicos que limitó severamente su capacidad para sostener la competencia global con los Estados Unidos, acelerando su declive interno. El fracaso de la solidaridad marxista-leninista y la subsiguiente divergencia de sus reformas económicas en la década de 1980 sentenciaron el fin de la URSS y el ascenso imparable de China, demostrando de forma incontrovertible que, en el tablero de las relaciones internacionales, los imperativos del Estado-nación terminan invariablemente por imponerse sobre las utopías ideológicas.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha demostrado que la alianza sino-soviética fue, en esencia, una relación de conveniencia atravesada por contradicciones estructurales insalvables. Tal y como evidencian los dos ejes centrales de esta investigación: la Guerra de Corea y la posición de la URSS frente al maoísmo, los intereses nacionales y geopolíticos terminaron imponiéndose irreversiblemente sobre la teórica solidaridad del movimiento comunista internacional.

Como se ha analizado en el segundo capítulo, la Guerra de Corea actuó como el primer gran catalizador del deterioro bilateral. Aunque el conflicto forzó la cooperación militar, también expuso de forma cruda la asimetría de la alianza: China asumió los inmensos costes humanos y el desgaste continuo sobre el terreno, mientras que la URSS limitó estratégicamente su implicación directa y condicionó su apoyo armamentístico a la concesión de pesados créditos económicos. Esta dinámica mercantilista convenció a Beijing de que Moscú priorizaba su propia seguridad y economía por encima de todo, generando una desconfianza que ya nunca desaparecería.

Por otro lado, el tercer capítulo ha evidenciado que la posición de la URSS frente al maoísmo nunca fue de verdadera hermandad ideológica, sino de permanente contención. La dirigencia soviética no solo desconfiaba del modelo de revolución campesina china, sino que veía en el fuerte nacionalismo de Beijing una amenaza latente para sus propios intereses geopolíticos en el Lejano Oriente. Al carecer de instituciones globales (como el antiguo Comintern) para imponer disciplina ideológica, Moscú fue incapaz de frenar la voluntad del Partido Comunista Chino de establecer sus propias alianzas bilaterales y disputar la autoridad doctrinal del campo socialista.

Esta batalla por el liderazgo comunista se hizo insostenible con los cambios en la cúpula soviética. Mientras que Stalin logró mantener a China bajo control mediante una calculada estructura de dependencia militar y económica, el giro político de Khrushchev terminó por dinamitar la relación. Su política de desestalinización unilateral y su apuesta por la "coexistencia pacífica" con Occidente chocaron frontalmente con la radicalización interna de Mao y su retórica intransigente. La negativa soviética a tratar al maoísmo como un modelo teórico en pie de igualdad, que culminó con la retirada de los asesores técnicos, demostró en última instancia que el Kremlin exigía una subordinación incondicional que una China cada vez más autónoma ya no estaba dispuesta a tolerar.

En definitiva, la ruptura sino-soviética no fue un mero accidente diplomático ni un simple choque de personalidades, sino el resultado inevitable de dos visiones hegemónicas incompatibles. La alianza colapsó al quedar demostrado que el internacionalismo marxista-leninista era inviable cuando entraba en conflicto directo con la soberanía estatal, los imperativos de seguridad nacional y la lucha por el poder material e ideológico dentro del propio bloque socialista.

Bibliografía

Cha, V. D., & Pacheco Pardo, R. (2023). *Korea: A New History of South and North*. Yale University Press.

Chen, J.

- (2001). *Mao's China and the cold war*. Chapel Hill: University of North Carolina Press. https://www.jstor.org/stable/10.5149/9780807898901_chen
- «The Sino-Soviet Alliance and China's Entry into the Korean War», *Wilson Center*, (2011): 1-36. https://www.wilsoncenter.org/publication/the-sino-soviet-alliance-and-chinas-entry-the-korean-war

Chen, J., Mastny, V., Odd Arne, W., & Zubok, V. M. (1995). Stalin's Conversations with Chinese Leaders: Talks With Mao Zedong, December 1949–January 1950, and With Zhou Enlai, August–September 1952. *Cold War International History Project Bulletin*, (6-7), 4-29. Wilson Center. Retrieved November 1, 2025, from https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/media/documents/publication/CWIHP_Bulletin_6-7.pdf

Floyd, D. (1963). *Mao against Khrushchev: A short history of the Sino-Soviet conflict*. Praeger.

Friedrich, C. J., & Brzezinski, Z. K. (1956). *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Harvard University Press.

Goncharov, S. N., Lewis, J. W., & Xue, L. (1993). *Uncertain Partners: Stalin, Mao, and the Korean War*. Stanford University Press. https://doi.org/10.1515/9781503622111

Khrushchev, N. S. (2006). *Memoirs of Nikita Khrushchev: Reformer, 1945-1964 (Vol. 2)*. (S. Khrushchev, Ed.). Penn State Press.

Khrushchev, N. S. (2007). *Memoirs of Nikita Khrushchev: Statesman, 1953-1964 (Vol. 3)*. (S. Khrushchev, Ed.). Penn State Press.

Lee, S. H. (2024). "Estados Unidos y las raíces históricas de la crisis nuclear contemporánea: una historia de la guerra de Corea". En J. F. López Aymes & A. Romero Castilla (Coords.), *Setenta años de la guerra de Corea: El armisticio y las complejidades geopolíticas de un conflicto inconcluso* (pp. 41-64). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Li, H. (2006). *Mao and the Economic Stalinization of China, 1948-1953*. Rowman & Littlefield.

López Aymes, J. F. (2024). "Introducción. ¿Del armisticio a la Pax coreana? Miradas ajenas para imaginar un futuro de paz". En J. F. López Aymes & A. Romero Castilla (Coords.), *Setenta años de la guerra de Corea: El armisticio y las complejidades geopolíticas de un conflicto inconcluso* (pp. 17-40). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Lüthi, L. M. (2008). *The Sino-Soviet split: Cold War in the communist world*. Princeton University Press.

Mansourov, A. Y. (1995). «Stalin, Mao, Kim and China's Decision to Enter the Korean War, September 16–October 15, 1950: New Evidence from the Russian Archives». *Cold War International History Project Bulletin*, (6-7), 94-119. Wilson Center. Retrieved November 1, 2025, from https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/media/documents/publication/CWIHP_Bulletin_6-7.pdf

Mehnert, K. (1959). «Soviet-Chinese Relations». *International Affairs (Royal Institute of International Affairs 1944-)*, *35*(4), 417-426. https://doi.org/10.2307/2609120

Mei, Y. (1985). The Maturing of Soviet-Chinese Relations. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, *481*, 70-80. http://www.jstor.org/stable/1045135

Pantsov, A. V., & Levine, S. I. (2013). *Mao: The Real Story*. Simon & Schuster.

Pantsov, A. V., & Yurievich Pivovarov, N. (2024, January 23). «The Secret Negotiations of N.S. Khrushchev and Mao Zedong, July-August 1958». *Wilson Center*. https://www.wilsoncenter.org/publication/secret-negotiations-ns-khrushchev-and-mao-zedong-july-august-1958

Pei, M. (1998). *From Reform to Revolution: The Demise of Communism in China and the Soviet Union*. Harvard University Press.

Radchenko, S. (2017). The Rise and the Fall of the Sino-Soviet Alliance 1949–1989. In N. Naimark, S. Pons, & S. Quinn-Judge (Eds.), *The Cambridge History of Communism* (pp. 243–268). chapter, Cambridge: Cambridge University Press.

Romero Castilla, A. (2024). "Una guerra sin fin: Corea 1950-1954". En J. F. López Aymes & A. Romero Castilla (Coords.), *Setenta años de la guerra de Corea: El armisticio y las complejidades geopolíticas de un conflicto inconcluso* (pp. 65-94). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Shen, Z., & Xia, Y. (2015). *Mao and the Sino–Soviet Partnership, 1945–1959: A New History*. Bloomsbury Academic.

Short, P. (2017). *Mao: The Man Who Made China*. I.B. Tauris.

Tzili-Apango, E. (2024). "China y sus preferencias en la península de Corea: entre sadae y yongdae." En J. F. López Aymes & A. Romero Castilla (Coords.), *Setenta años de la guerra de Corea: El armisticio y las complejidades geopolíticas de un conflicto*

inconcluso (pp. 273-302). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Wallace, W. V. (1983). «Sino-Soviet Relations: An Interpretation». *Soviet Studies*, *35*(4), 457-470. https://www.jstor.org/stable/151254

Weathersby, K. (1994). «Letters: Stalin, Kim, and Korean War Origins». *Cold War International History Project Bulletin*, (4), 21. Wilson Center. Retrieved November 1, 2025, from https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/media/documents/publication/CWIHP_Bulletin_4.pdf

Weathersby, K. (1994). «Stalin, Mao, and the Korean War, 1950 – Clarifications». *Cold War International History Project Bulletin*, (4), 60-61. Wilson Center. Retrieved November 1, 2025, from https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/media/documents/publication/CWIHP_Bulletin_4.pdf

Zubok, V. (2017). The Soviet Union and China in the 1980s: reconciliation and divorce. *Cold War History*, *17*(2), 121–141. https://doi.org/10.1080/14682745.2017.1315923